

**MALDITO
UNITED
DAVID PEACE**

TRADUCCIÓN DE
HÉCTOR CASTELLS ALBAREDA

CONTRA

The Damned Utd
© 2006, David Peace
Todos los derechos reservados

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: Héctor Castells Albareda

Diseño y maquetación: Emma Camacho

Primera edición: Mayo de 2015
© 2015, Contraediciones, S.L.
Psje. Fontanelles, 6, bajos 2ª
08017 Barcelona
contra@contraediciones.com
www.editorialcontra.com

© 2015, Héctor Castells Albareda, de la traducción
© Mirrorpix, del retrato de la cubierta. Brian Clough fumando en su oficina, 30 de octubre de 1969.
© Colorsport/Corbis, de la imagen de la contracubierta. Brian Clough encabezando al Leeds United en Wembley, poco antes de dar comienzo la Charity Shield contra el Liverpool de Bill Shankly, el 10 de agosto de 1974.

ISBN: 978-84-944033-0-9
Depósito Legal: DL B 12.887-2015
Impreso en España por Romanyà-Valls

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para John Riley, con amor y agradecimiento

Dejé mi casa, desamparé mi heredad,
entregué lo que amaba mi alma en manos de sus enemigos.
Fue para mí mi heredad como león en breña;
contra mí dio su voz; por tanto, la aborrecí.
¿Me es por ventura mi heredad ave de muchos colores?
¿No están contra ella aves en derredor?
Venid, reuníos, vosotras todas las bestias del campo,
venid a devorarla.

Jeremías, 12:7-9

LA DISCUSIÓN II

Repetición. Repetición...

Campos de derrota y campos de odio, campos de sangre y campos de batalla.

Su deporte por las paredes, su deporte por los suelos.

¡Milton! Deberías estar vivo en esta hora: Inglaterra te necesita...

En su tiempo ensombrecido.

En nuestros balcones, en nuestras jaulas, desde el purgatorio, observamos.

Con nuestras alas que no pueden volar, nuestras lenguas que no pueden hablar:

«¡Destruye su política, destruye su cultura, destrúyela a ella!».

Pero nuestras alas están untadas en alquitrán, y nuestras lenguas pesan bajo sus monedas.

Ella cenará de nuevo esta noche sobre nuestras espaldas partidas, sobre nuestros corazones rotos.

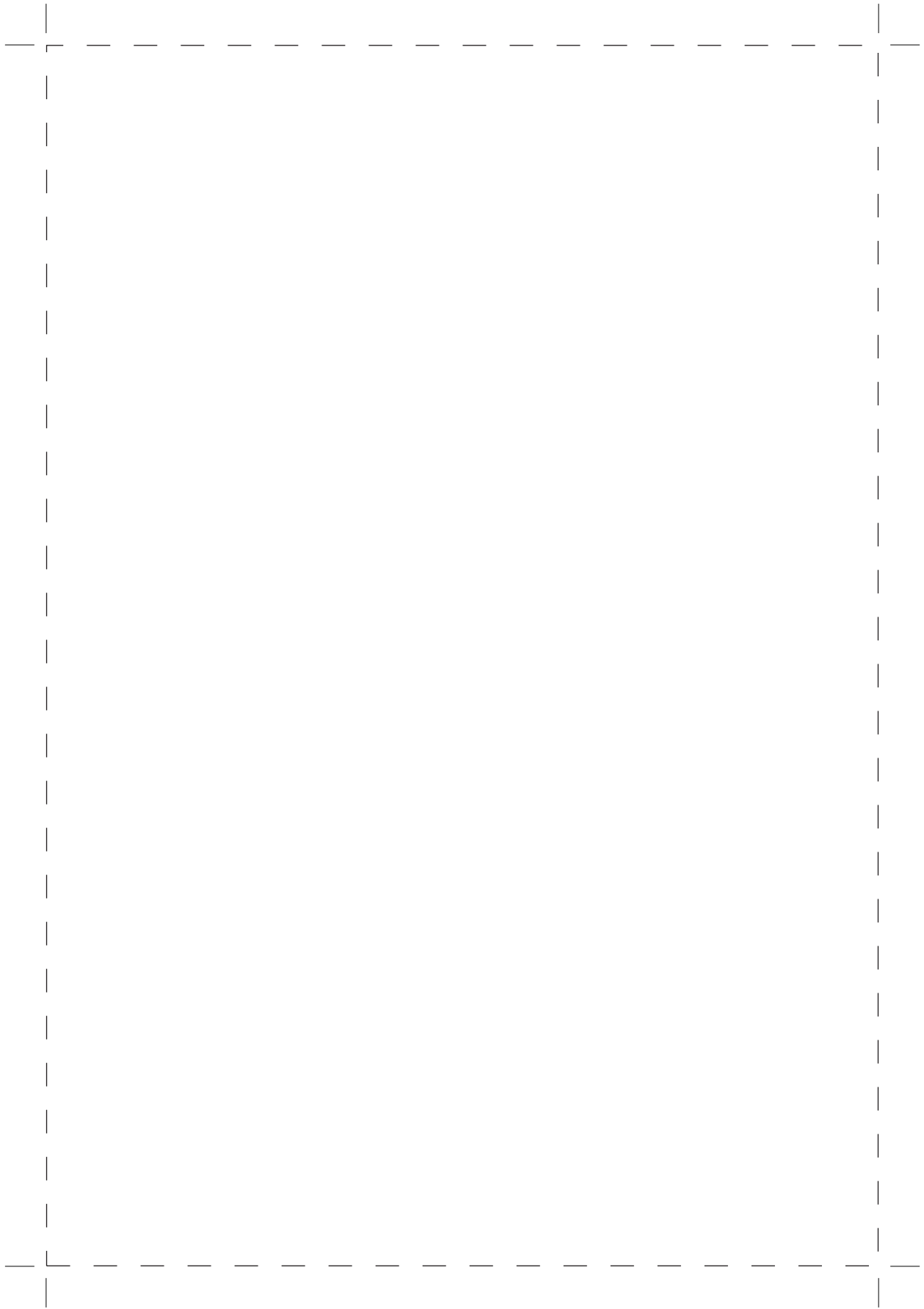
En el lugar de sus sombras.

Somos hombres egoístas: ¡Oh, Blake! ¡Orwell! Sublevadnos, retornad.

Todas estas guerras civiles de corazones irreverentes, divididos y ahora, también, malditos.

Lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer.

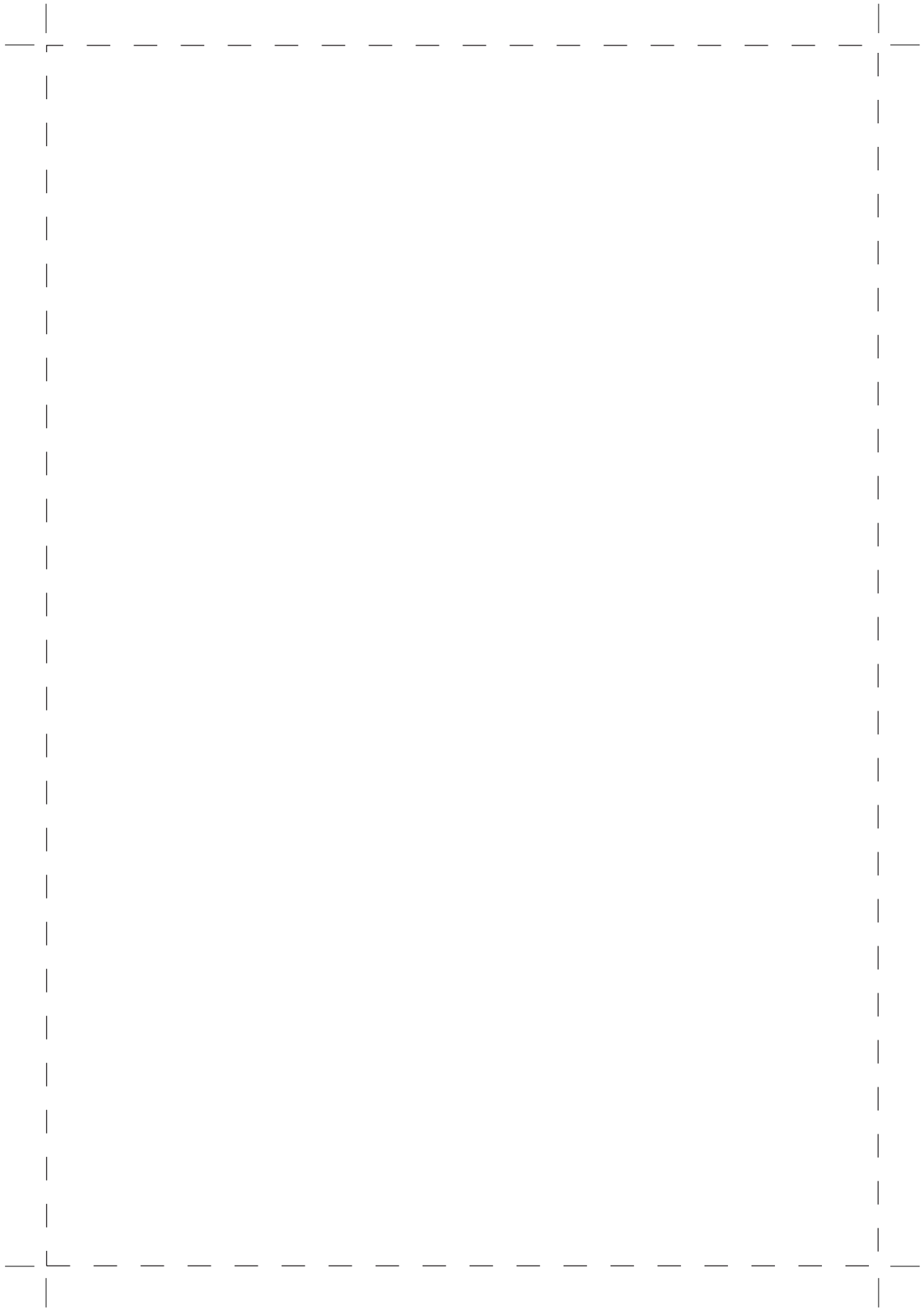
Junto a Elland Road me senté y lloré; D.U.F.C.



MALDITO UNITED

UN CUENTO DE HADAS INGLÉS

Miércoles 31 de julio - Jueves 12 de septiembre de 1974



EL PRIMER JUICIO

Clasificación final de la Primera División, temporada 1973-1974

		LOCAL					VISITANTE					TOTAL				
		PJ	G	E	P	GF	GC	G	E	P	GF	GC	GF	GC	PTS	
1	Leeds United	42	12	8	1	38	18	12	6	3	28	13	66	31	62	
2	Liverpool	42	18	2	1	34	11	4	11	6	18	20	52	31	57	
3	Derby County	42	13	7	1	40	16	4	7	10	12	26	52	42	48	
4	Ipswich Town	42	10	7	4	38	21	8	4	9	29	37	67	58	47	
5	Stoke City	42	13	6	2	39	15	2	10	9	15	27	54	42	46	
6	Burnley	42	10	9	2	29	16	6	5	10	27	37	56	53	46	
7	Everton	42	12	7	2	29	14	4	5	12	21	34	50	48	44	
8	QPR	42	8	10	3	30	17	5	7	9	26	35	56	52	43	
9	Leicester City	42	10	7	4	35	17	3	9	9	16	24	51	41	42	
10	Arsenal	42	9	7	5	23	16	5	7	9	26	35	49	51	42	
11	Tottenham H.	42	9	4	8	26	27	5	10	6	19	23	45	50	42	
12	Wolves	42	11	6	4	30	18	2	9	10	19	31	49	49	41	
13	Sheffield Utd.	42	7	7	7	25	22	7	5	9	19	27	44	49	40	
14	Man. City	42	10	7	4	25	17	4	5	12	14	29	39	46	40	
15	Newcastle Utd.	42	9	6	6	28	21	4	6	11	21	27	49	48	38	
16	Coventry City	42	10	5	6	25	18	4	5	12	18	36	43	54	38	
17	Chelsea	42	9	4	8	36	29	3	9	9	20	31	56	60	37	
18	West Ham Utd.	42	7	7	7	36	32	4	8	9	19	28	55	60	37	
19	Birmingham C.	42	10	7	4	30	21	2	6	13	22	43	52	64	37	
20	Southampton	42	8	10	3	30	20	3	4	14	17	48	47	68	36	
21	Man. United	42	7	7	7	23	20	3	5	13	15	28	38	48	32	
22	Norwich City	42	6	9	6	25	27	1	6	14	12	35	37	62	29	

pj: Partidos jugados

G: Ganados

E: Empatados

P: Perdidos

GF: Goles a favor

GC: Goles en contra

PTS: Puntos

Los tres últimos descienden.

Soy un hombre de Yorkshire. Y soy un Hombre Astuto.
¡Y te maldigo!
Primero con regalos, luego con derrotas.
¡Te maldigo!
Derrotas y luego regalos; regalos y luego derrotas.
Hasta que pierdas. Hasta que te largues.
¡Yo te maldeciré!

DÍA I

Lo veo desde la autopista. A través del parabrisas. Los niños van detrás y sucumben en lo alto de Beeston Hill.

—Ya falta poco, ¿verdad? —dicen—. Ya falta poco, ¿verdad, papá?

Forman un ovillo que se recorta contra las vías del tren y el terraplén de la carretera. Me preguntan por Billy Bremner y Johnny Giles. Por los focos y por las gradas, todos los dedos y todos los puños levantados por encima de los palos y de las piedras¹, de la carne y de los huesos.

—Allí está —le dice el mayor al pequeño—. Allí está.

Desde la autopista. A través del parabrisas.

Odioso, odioso lugar; perverso, perverso lugar...

Elland Road. Leeds, Leeds, Leeds.

Ya lo conocía. He estado aquí antes. Jugué y entrené aquí seis o siete veces a lo largo de seis o siete años. Siempre como visitante, siempre lejos de casa.

Odioso, perverso lugar, cubierto de flemas...

Pero no hoy. Miércoles 31 de julio de 1974.

Arthur Seaton. Colin Smith. Arthur Machin y Joe Lampton...

Hoy ya no soy visitante. Ya no estoy lejos de casa.

1. El autor juega aquí con la canción infantil «Sticks & Stones» (Palos y piedras). La rima dice: *Sticks and stones may break my bones / But words will never hurt me* (Puede que los palos y las piedras me rompan los huesos / Pero las palabras nunca me harán daño). Es un rima concebida para calmar a niños asustados por los ataques de otros niños. [N. del T.]

No más zombis —susurran—. No más putos zombis, Brian.
Hoy vengo aquí a trabajar.



El peor invierno del siglo xx arranca un día de San Esteban de 1962. La Gran Helada. Aplazamientos. El nacimiento del Comité de Apuestas. La final de Copa cancelada durante tres semanas. Hoy morirá gente por culpa del frío. Pero no en Roker Park, el campo del Sunderland. No contra el Bury. A la una y media el árbitro se pasea por el campo. El Middlesbrough ha pedido que se suspenda el partido. Pero el árbitro no piensa igual. El árbitro decide que el partido puede continuar.

—Bien hecho, árbitro —le dices—. No tiene sentido suspender nada.

Media hora antes del pitido inicial, estás de pie en la boca del túnel de vestuarios con tu camiseta de manga corta con rayas verticales rojiblancas, tus pantalones blancos y las medias blancas y rojas, y contemplas durante diez minutos cómo el torrente de granizo rebota en el campo. Te mueres de ganas de salir a jugar. Tienes unas ganas que te cagas.

Aguanieve en la cara, hielo bajo los pies y frío en los huesos. Un pase solitario al corazón del área rival y un esprín a través del barro, tu mirada fija en la pelota y tu mente en el gol; ya van veintiocho esta temporada. Veintiocho. Su portero se acerca, su portero se acerca, tu mirada fija en la pelota, tu mente en el gol, el vigésimo noveno.

El portero está aquí, tu mente en el gol, su hombro contra tu rodilla.

Craaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaac.

El rugido y el silbato. El silencio y el fundido a negro.

Estás tumbado en el barro, los ojos abiertos y la pelota perdida. Veintinueve. Intentas incorporarte, pero no puedes. Veintinueve. Así que te arrastras.

—¡Levanta, Clough! —grita alguien—. ¡Levanta!

Por el barro, a cuatro patas.

—Venga ya, árbitro —dice entre risas Bob Stokoe, el central del Bury—.

Clough está haciendo teatro.

A cuatro patas por el pesado, pesadísimo barro.

—No este chaval —dice el árbitro—. Este chaval no hace teatro.

Dejas de arrastrarte. Te das media vuelta. Tienes la boca y los ojos abiertos. Ves la cara del preparador físico, Johnny Watters, una luna preocupada bajo un cielo amenazante. La sangre te corre por las mejillas, junto con el sudor y las lágrimas; la rodilla derecha duele, duele y duele, y tú te muerdes, te muerdes y te muerdes los labios por dentro para ahogar los gritos, para combatir el miedo.

El primer regusto a metal en tu lengua, aquel primer regusto a miedo.

Una tras otra, las treinta mil almas se marcharán. La basura volará en círculos alrededor del terreno de juego. Caerán la nieve y la noche, el suelo se endurecerá y el mundo olvidará.

Te deja tumbado panza arriba en el punto de penalti, un zombi.

Johnny Watters se inclina, esponja en mano, su boca en tu oído. Susurra:

—¿Cómo sobreviviremos, Brian? ¿Cómo sobreviviremos?

Te levantan en una camilla. Se te llevan en una camilla.

—No le quitéis las putas botas —dice el Mister—. Puede que vuelva a salir.

Del túnel a los vestuarios.

Te tienden sobre un plinto y una sábana blanca. Hay sangre por todas partes. De la sábana al plinto. Y del plinto al suelo. El olor a sangre. El olor a sudor. El olor a lágrimas. El olor a Algipan². Quieres aspirar todos estos olores durante el resto de tu vida.

—Tenemos que llevarlo al hospital —decide Johnny Watters—. Y rápido.

—Pero no le quites las putas botas —dice de nuevo el Mister.

Te levantan del plinto. De la sábana manchada de sangre. Te colocan sobre otra camilla. Bajas por otro túnel.

Te meten en la ambulancia. Rumbo al hospital. Al bisturí.

Hay una operación y te escayolan la pierna del tobillo a la ingle. Te ponen puntos de sutura en la cabeza. No hay visitas. Ni familia ni amigos.

Solo médicos y enfermeras. Johnny Watters y el Mister.

Pero nadie te dice nada. Nada que no sepas ya.

Pinta chungo. Chungo que te cagas.

El peor día de tu vida.

2. Espray antiinflamatorio muy común en la época. [N. del T.]



Abandonamos la autopista; la autopista urbana del suroeste. Por sus curvas, sus intersecciones. Hasta el cruce de Lowfields Road con Elland Road. Doblo a la derecha y cruzamos la verja de entrada. Hasta el campo. El aparcamiento de la tribuna Oeste. Los niños saltan en el asiento de atrás. No hay sitio para aparcar. Ni una plaza reservada. La prensa. Las cámaras y los flashes. Los aficionados. Las libretas de autógrafos y los bolígrafos. Abro la puerta; me ajusto los puños de la camisa. La lluvia nos moja el pelo. Cojo mi americana del asiento de atrás. Me la pongo. Mi hijo mayor y mi hijo pequeño se esconden detrás de mí. La lluvia nos moja la cara. Detrás, las montañas. Las casas y los pisos. Delante, el campo. Las gradas y los focos. Los hoyos y los charcos. Un tipo muy grande se abre paso entre la prensa. Las cámaras y los flashes. Los aficionados.

El pelo negro y la piel blanca. Los ojos inyectados en sangre y los dientes afilados...

—¡Llegas la hostia de tarde! —grita. Su dedo en mi cara.

Miro a la prensa. Las cámaras y los flashes. Los aficionados. Las libretas de autógrafos y los bolígrafos. Mis hijos detrás. La lluvia nos moja el pelo. La cara entera.

Nuestros rostros luminosos y bronceados; sus rostros pálidos y demacrados...

Miro al grandullón a los ojos. Aparto su dedo de mi cara y le digo:

—No es asunto tuyo si llego la hostia de tarde.

Me quieren por lo que no soy. Me odian por lo que soy.

Subimos las escaleras y cruzamos las puertas. A salvo de la lluvia y de la prensa. Las cámaras y los flashes. Los aficionados. Sus libretas de autógrafos y sus bolígrafos. Entramos en el vestíbulo, en el club. Los recepcionistas y las secretarias. Las fotografías en las paredes. Los trofeos en las vitrinas. Los fantasmas de Elland Road. Doblamos la esquina, pasillo abajo. Syd Owen, jefe de entrenadores durante los últimos quince años, acompaña a sus discípulos hasta la salida. Le tiendo la mano. Le guiño el ojo.

—Buenos días, Syd.

—Buenas tardes, señor Clough —contesta sin estrecharme la mano.

Coloco las manos sobre la cabeza de mis hijos.

—¿Crees que podrías decirle a alguno de tus chavales que vigile a mis hijos mientras yo me presento? —le pregunto.

—Ya saben quién es usted —replica Syd Owen—. Y todos estos ayudantes están aquí para trabajar. No para entretener a sus hijos.

Retiro las manos de la cabeza de mis hijos. Las dejo sobre sus hombros. El pequeño se retuerce. Le he agarrado con demasiada fuerza.

—En ese caso, no te entretendré más —le digo al leal servidor, a quien el resto ha dejado atrás.

Syd Owen asiente. Syd dice de nuevo:

—No estamos aquí para entretener a sus hijos.

Suena un reloj en algún lugar cercano, se oyen risas en otra habitación. Por el pasillo, a la vuelta de la esquina. Se escucha el sonido de los tacos en estampida, en procesión.

El mayor me mira. Sonríe.

—¿Quién era ese, papá? —pregunta.

Le remuevo el pelo. Le devuelvo la sonrisa. Y digo:

—El chalado del tío Syd.

Seguimos por el pasillo. Pasamos junto a las fotografías. Doblamos la esquina. Pasamos junto a las placas conmemorativas. Hasta el vestuario. El vestuario del equipo local. «SIGUE LUCHANDO», se lee encima de la puerta. Me han dejado una equipación de visitante: camiseta amarilla, pantalones amarillos y medias amarillas. Mis hijos me observan mientras me cambio. Me pongo una chaqueta de chándal azul. Me siguen por el pasillo. Doblamos la esquina. Cruzamos la recepción y salimos fuera, bajo la lluvia. El aparcamiento. Las cámaras y los flashes. Las libretas de autógrafos y los bolígrafos. Corro entre los hoyos y los charcos. Subo por el terraplén. Hasta el campo de entrenamiento.

La prensa grita. Los aficionados animan. Las cámaras disparan sus flashes y mis hijos se esconden.

—¡Buenos días, chavales! —grito en dirección a ellos.

Ellos se quedan de pie, en sus grupillos. Con sus chándales vio-

letas. Llevan las rodillas manchadas, los traseros salpicados. *El sucio Leeds*, así les llaman. El pelo largo, sus nombres a la espalda.

Hijos de puta, hijos de puta, hijos de puta.

Hunter. Los hermanos Gray. Lorimer. Giles. Bates. Clarke. Bremner. McQueen. Jordan. Reaney. Cooper. Madeley. Cherry. Yorath. Harvey y Stewart.

Son todos sus hijos, sus hijos bastardos. Su padre está muerto. Su padre se ha ido.

En sus grupos y con sus chándales. Manchados y con los nombres a la espalda. Su vista clavada en la mía.

Que les follen. Que les den. Que les den por el culo a todos.

Cumplo con los rondos para la prensa. Para las cámaras y los flashes. Para los aficionados. Para las libretas de autógrafos y los bolígrafos. Un apretón de manos aquí y una presentación allí. Nada más. *Muérdete la lengua, Brian. Muérdetela.* Mirar y aprender. Mirar y esperar.

No dejes que esos cabrones te hagan picadillo, susurran.

Terminados los rondos, me quedo a un lado. Sale el sol, sigue lloviendo. Hoy no habrá arcoíris. Aquí no. Las manos en mis caderas. La lluvia en mi cara. El sol en mi cuello. Las nubes se mueven deprisa en este lugar. Miro más allá. Mi hijo mayor está en el aparcamiento. Tiene una pelota en los pies. Su rodilla. Su cabeza. Entre los socavones y los charcos, la lluvia y el sol, allí está él.

Un niño con una pelota. Un niño y su sueño.

Empezó la primera mañana en el hospital, el día después de San Esteban, y nunca se ha detenido, ni siquiera por un día. Te levantas y durante esos primeros segundos, esos primeros minutos, te olvidas; olvidas que estás lesionado; olvidas que estás acabado.

Olvidas que nunca volverás a oler el vestuario. Olvidas que no volverás a ponerte una equipación limpia. Olvidas que no volverás a atarte los cordones de aquellas botas relucientes ni a escuchar el rugido de la muchedumbre.

El rugido cuando la pelota besa el fondo de las mallas; el rugido cuando marcas.

Los aplausos. La adoración. El amor.

Desearías ver a tu mujer. Hace días que no la ves.

Desde el día de San Esteban. El día que te trajeron aquí.

Nadie te dice nada. Ni una maldita palabra.

Te levantarías y saldrías a buscarla tú mismo. Pero no puedes.

Entonces, pasados cinco días, se abre la puerta y allí está ella, tu mujer.

«He estado en cama —te dice—. He tenido un aborto.»



Se nos llevan de paseo. A mí, a los niños y a la prensa. Bajamos por más pasillos. Doblamos más esquinas. Pasados los palcos privados y la zona VIP. Las suites y las salas de baile. Las salas de recuperación y los vestuarios. Hasta que nos sacan a todos al rectángulo de juego.

Me dejan allí plantado. En pleno círculo central.

La brizna verde de la hierba. Las líneas de cal blanca...

Mis brazos en alto, una bufanda entre mis manos.

Odio este lugar, este repugnante lugar.

Este pasillo arriba. Al doblar esta esquina. Por el siguiente pasillo. La siguiente esquina. Con los niños pegados a mis talones. Hasta mi despacho. El escritorio vacío. La silla vacía. *El despacho de Don. El escritorio de Don. La silla de Don.* Cuatro paredes sin ventanas y una sola puerta, estas cuatro paredes entre las que grabó a fuego sus tácticas y sus sueños, sus esperanzas y sus miedos. Sus agendas negras. Sus informes secretos. Sus listas de enemigos.

Don no confiaba en la gente. A Don no le gustaba la gente. Se cagaba en la gente. Odiaba a la gente. La ponía en sus listas negras. En sus informes secretos.

Su lista negra. Brian Clough en la lista negra.

Yo. El primero de la lista.

Este despacho. El escritorio. La silla. Aquí es donde maquinó y desde donde soñó, aquí es donde se fraguaron sus esperanzas y sus miedos. Sus agendas. Sus informes. Sus listas. *Para exorcizar las dudas.*

Sus códigos secretos y sus hojas de ruta. Hasta la obsesión. Hasta la locura. Hasta aquí.

Aquí, en este despacho. Donde todos se ponían a sus pies.

La señora Jean Reid irrumpe en el umbral de la puerta. Mis hijos se miran los pies.

—¿Me traerías una taza de té, encanto? —le pregunto.

La señora Reid dice:

—Los directivos le están esperando arriba.

—¿A mí? —pregunto—. ¿Por qué?

—Para la reunión de la junta directiva —responde ella.

Me quito la chaqueta. Me quito el pañuelo. Los dejo en el respaldo de la silla. *Su silla*. Me siento en la silla de detrás del escritorio. *Su escritorio*. Pongo los pies encima de la mesa.

Su silla. Su escritorio. Su despacho. Su secretaria.

—Le están esperando —dice Jean Reid otra vez.

—Pues que esperen —le digo—. ¿Qué me dices ahora de esa taza de té, corazón?

La señora Jean Reid se queda de pie con la vista clavada en la suela de mis zapatos.

Golpeo el escritorio con mis nudillos. El escritorio de Don. Pregunto:

—¿De quién es este escritorio, cariño?

—Ahora es suyo —susurra la señora Jean Reid.

—¿De quién era el escritorio? —le pregunto.

—Del señor Revie —responde ella.

—En tal caso quiero que lo quemem —le digo.

—¿Perdón? —exclama la señora Reid.

—Quiero que el escritorio sea incinerado —le digo de nuevo—.

Las sillas también. Todos los putos muebles.

—¿Pero...?

—¿De quién eres la secretaria ahora, corazón? —le pregunto.

—De usted, señor Clough.

—¿De quién eras la secretaria? —le pregunto otra vez.

La señora Reid se muerde las uñas, deja caer una lagrimita; interiormente ya tiene escrita su dimisión, solo necesita pasarla a máquina y firmarla. Estará en mi despacho el lunes.

Él me odia. Y yo le odio a él, pero yo le odio más, mucho más.

—Y cambia las cerraduras también —le digo mientras salimos. Los niños con la vista clavada en el suelo y las manos en los bolsillos—. No queremos que el fantasma del enfermo de Don se nos aparezca ahora, ¿verdad? Deshaciéndose de sus grilletes, asustando a mis pequeños.

Cambia el escenario. Pero el dolor permanece. Los de la mudanza traen los muebles en cajas. Te llevan a casa en ambulancia. Sobre una camilla. Te has desgarrado el ligamento cruzado y el medio. Es más grave que una pierna rota. No existe ninguna operación con garantías de éxito. Te tiras tres meses tumbado en un sofá G-Plan rojo con la rodilla escayolada y la pierna elevada sobre los cojines. Fumando y bebiendo. Gritando y llorando.

Estás asustado. Te asustan tus sueños; tus sueños, que durante un tiempo fueron tus amigos, tus mejores colegas, son ahora tus enemigos, tus peores enemigos.

Aquí es donde te dan caza, en tus sueños. Aquí es donde te atrapan.

Los pájaros y los tejones. Los zorros y los hurones. Los perros y los demonios.

Ahora tienes miedo. Ahora vuelves a correr.

Das vueltas alrededor del campo, subes y bajas los escalones del estadio. Los cincuenta y siete escalones. Treinta veces. Siete veces a la semana desde las nueve de la mañana. Pero te mantienes a una distancia prudencial del vestuario. Los cincuenta y siete escalones. Prefieres la playa de Seaburn. Treinta veces. La playa y el bar. Siete días a la semana desde las nueve de la mañana. Corriendo.

Asustado. Acojonado.

Te asustan las sombras. Las siluetas sin rostro. Sin nombre.

Te asusta el futuro. Tu futuro. No hay futuro.

Pero día tras día te levantas de nuevo. No puedes jugar todavía. No puedes jugar, de modo que puedes ser entrenador. Por ahora. De los juveniles del Sunderland. Te mantiene alejado de los pubs y de las discotecas, de la cama y del sofá. Y mantiene tu temperamento a raya. Entrenando. Enseñando.

Cinco contra cinco. Seis contra seis. Centrando y chutando. Te encanta y a ellos les encantas tú. Te respetan. Tipos como John O'Hare y Colin Todd. Chavales jóvenes que se quedan con cada palabra que sale de tu boca, con todas y cada una de tus palabras. Llevas a los juveniles del Sunderland hasta las semifinales de Copa. Apruebas el examen de la Federación para ser entrenador. Te gusta de la hostia.

No hay nada que pueda sustituirlo. Pero sigue siendo tu mejor alternativa.

Tu futuro. Sigue siendo tu mejor alternativa.



Doblar la esquina. Pasillo abajo. Escaleras arriba. Hasta el despacho de la junta directiva. El campo de batalla. Las dobles puertas de madera. Aquí sí hay ventanas, detrás de estas puertas, pero solo aquí. La moqueta a juego con las cortinas. Los blazers de los directivos a juego con el oropel.

Manny Cussins. Sam Bolton. Bob Roberts. Sydney Simon. Percy Woodward; *Alderman* Percy Woodward, el vicepresidente.

Mitad gentil y mitad judío, es el último de una tribu perdida de hombres de Yorkshire y de israelíes hechos a sí mismos. Hombres en busca de la tierra prometida, del reconocimiento público, de la aceptación y de la gratitud. El sombrero quitado, la rodilla doblada y el sabor de sus culos en los labios de la muchedumbre.

El populacho les aplaude —no al equipo, solo a ellos—. A ellos y a sus millones.

Keith Archer, el secretario del club, da saltitos y aplaude. Acaricia las cabezas de los miembros, les ondula el pelo.

Cussins y Roberts, sonrisas y puros, y:

—¿Le apetece una copa?

—Mataría por una copa —les digo—. Y me dejo caer en el asiento presidencial de la mesa de los jefazos.

Sam Bolton se sienta frente a mí. Bolton es consejero de la Federación y uno de los vicepresidentes de la Liga de Fútbol. Habla directo y claro. Es un hombre hecho a sí mismo y está orgulloso de serlo.

—Probablemente se estará preguntando dónde está su preparador físico —dice.

—¿Les Cocker? —pregunto. Y niego con la cabeza—. Mala hierba nunca muere. Ya aparecerá.

—No esta vez. Se va con Don Revie a la selección inglesa.

—Cuanta menos mierda, mejor —respondo.

—¿Por qué dice eso, señor Clough?

—Es un tipo repulsivo, agresivo de los cojones. Y todavía queda mucha mierda que cortar —digo.

—Sea como sea le hará falta un preparador físico —dice Bolton.

—Me conformo con Jimmy Gordon.

—¿El Derby le concederá la carta de libertad?

—Lo harán si yo se lo pido.

—¿Y se puede saber a qué coño espera para hacerlo? —pregunta él.

—Ya lo he hecho —le digo.

—¿Ya lo ha hecho? —repite Bolton—. ¿Y se puede saber qué más ha hecho esta mañana?

—Solo observar y escuchar —digo—. Observar, escuchar y aprender.

—Bien, señor Clough, pues resulta que también tiene ocho contratos por revisar.

—¿Que tengo qué? —le pregunto—. ¿Revie me ha dejado ocho putos contratos?

—Es lo que tiene Don —sonríe Bolton—. Y uno de ellos es el de Johnny Giles.

Ahora se sientan todos: Cussins, Roberts, Simon y Woodward.

Woodward se inclina hacia delante:

—Hay algo que debería saber sobre Giles —dice.

—¿Qué pasa con Giles? —pregunto yo.

—Quería su puesto como entrenador —dice Woodward—. Y Revie le dijo que era suyo.

—¿En serio? —pregunto yo.

—Se creen más de lo que son —asiente Woodward—. Los dos: él y Revie.

—¿Y por qué no se lo dieron? —pregunto—. Después del gran trabajo que han hecho juntos.

—A Bremner no le hubiese gustado —dice Cussins.

—Pensaba que eran amigos —digo yo—. Inseparables y todo eso.

De pronto todos niegan con la cabeza: Cussins, Roberts, Simon y Woodward.

—Bueno. Ya sabe lo que dicen sobre los ladrones y su condición, ¿no? —sonríe Bolton.

—Bremner es el capitán. Tiene sus propias ambiciones. No le quepa duda —dice Cussins.

Me sirvo otro coñac. Me pongo de espaldas a la mesa.

Me aclaro la garganta. Levanto mi copa y proclamo:

—¡Por las putas familias felices!

Este es el último gol que marcarás en tu vida. Septiembre de 1964. Han pasado dieciocho meses desde el último. Ahora el Sunderland está en Primera División. Juegas en casa contra el Leeds United. Le metes un caño a Jackie Charlton y marcas.

El único gol en Primera División de tu carrera.

El último gol que marcarás jamás.

Tu punta de velocidad se ha evaporado. No hay nada que hacer. Es el final. Abajo el telón. Tienes veintinueve años y has marcado 251 goles en 274 partidos con el Middlesbrough y el Sunderland. Un récord. Un récord absoluto en Segunda División. Dos convocatorias con Inglaterra. Jugando en Segunda.

Pero es el final. Es el final y lo sabes.

Ya no te quedan más campeonatos de Liga por jugar. Ya no más torneos domésticos ni competiciones europeas.

El rugido y el silbato. El aplauso y la adoración.

Es el final. Para siempre. El mejor jugador de Segunda. Para siempre.

El Sunderland recibe del seguro una compensación de cuarenta mil libras por tu lesión. Tú recibes mil quinientas, el despido como entrenador del equipo juvenil y una lección para toda la vida.

Tienes esposa. Dos hijos. Y no tienes trabajo. Ni pasta.

Este es tu regalo para las Navidades de 1962. Estás acabado.

*Acabado y liquidado antes de tiempo.
Pero tú nunca tendrás un pub. Nunca regentarás un quiosco.
A cambio, tendrás tu venganza.
Así es cómo vivirás.
En lugar de una vida, una venganza.*

Esto son los estudios de la televisión de Yorkshire. Los estudios del informativo *Calendar*. En su edición especial:

Clough al Leeds.

Austin Mitchell, el presentador, lleva un traje azul. Yo todavía llevo mi traje gris. Pero me he cambiado la camisa por una violeta y me he puesto una corbata distinta. Viaja siempre con una camisa de repuesto, algo de cera Brylcreem para el pelo y pasta de dientes. La televisión me ha enseñado este tipo de cosas.

Austin mira a la cámara y dice:

—Esta semana damos la bienvenida a Brian Clough como entrenador del Leeds United. ¿Cómo encajará su rotunda personalidad en el Leeds? ¿Qué podrá hacer por este equipo, un equipo que viene de ganarlo prácticamente todo?

—El Leeds ha sido campeón —le digo a él y a todos los habitantes de Yorkshire—. Pero no ha sido un buen campeón. No en el sentido de saber cómo llevar su corona. Creo que podrían haber sido unos campeones más queridos, más populares. Yo quiero aportar al equipo un poco más de calor, un poco más de honestidad, un poco más de mí mismo a todo el engranaje.

—Entonces, ¿podemos esperar un poco más de calor, un poco más de honestidad y un poco más de Brian Clough de los campeones de Liga? —repite Mitchell.

—De hecho, pueden esperar mucho de Brian Clough —le digo—. Muchísimo más.

—También podemos esperar que gane muchas Copas más y otro título de Liga, ¿no? —pregunta Mitchell.

—Y ganarlas mejor, Austin —le digo—. Ya lo verán.

—¿Y qué me dices de la estructura del equipo? ¿De su legendario vestuario? ¿Del legado de Don? —pregunta Mitchell.

—Bien. Te confesaré una cosa. Me dio mal rollo ver su traje de la suerte cuando entré en el despacho por primera vez. ¿Sabes de cuál te hablo? ¿El que ha llevado durante los últimos trece años? Y entonces me dije que había que arrojarlo inmediatamente a la basura, porque no solo estaría viejo, sino que además apestaría.

—Entonces, tú no eres un hombre supersticioso, ¿verdad, Brian?

—No, Austin, no lo soy —le digo—. Yo soy socialista.